

RETOS EN LA EDUCACIÓN DE LOS ADOLESCENTES DEL SIGLO XXI

¿EDUCAMOS PARA SOÑAR O SOÑAMOS POR NO EDUCAR? LA PREPARACIÓN DEL ADOLESCENTE ANTE LA ELECCIÓN DE CARRERA

Uno de los momentos más emocionantes y desafiantes de la vida ocurre en la adolescencia, se trata de la elección de carrera. ¿Qué te gustaría hacer una vez que hayas terminado el colegio?, es la pregunta típica que familiares y amigos realizan a un adolescente que se vislumbra como futuro graduado del nivel de educación secundaria. Para la familia este momento es vivido con gran expectativa, lo mismo que para profesores y personal académico. Sin embargo, no todos los jóvenes viven esta experiencia de igual modo que los adultos que los acompañan.

Existen diversas maneras de experimentar la elección de carrera. Un buen grupo atraviesa esta fase como si se tratara de una decisión común, sin ninguna relevancia más allá del provenir económico y cuyo contenido es indiferente -empezar la universidad, dedicarse a trabajar o tomarse uno o más años de “descanso”, cualquier opción da igual-. Para otros, esta etapa viene acompañada de una seria incertidumbre cuya resolución se vislumbra apenas. Hay por su parte, aquel grupo que posee una proyección hacia el futuro y cuya opción profesional es fruto de reflexión y sentido de responsabilidad. Seguramente todo maestro comprometido con su labor deseará que sus estudiantes pertenezcan a este último.

En el presente ensayo se tratará la problemática de la elección de carrera desde la perspectiva del educador. ¿Cómo propiciar en los colegios una formación integral que prepare al joven para una elección acertada de la carrera tanto para él como para la sociedad en la cual vive? ¿Es la educación, tal como se concibe hoy en día en el contexto latinoamericano e hispano-parlante, capaz de fomentar la construcción de proyectos de vida profesionales en los adolescentes? En síntesis, ¿se está educando para hacer soñar a los jóvenes con proyectos de vida nobles y exigentes, que demanden de ellos lo mejor de sus cualidades y potencialidades?, o, por el contrario, ¿se permite el avance de una “somnolencia existencial” por la cual los planes a largo plazo importan muy poco a los jóvenes y adolescentes y el futuro se mide en función del “presente” y del rédito económico y afectivo que éste es capaz de ofrecer?

Abordar esta cuestión no es una tarea fácil. Debido al ámbito de la realidad que se estudia -el ser humano y la sociedad-, esta empresa puede considerarse todo un desafío; sin embargo, es precisamente este carácter de reto el que anima al investigador a profundizar en el conocimiento cada vez más próximo a la verdad, la cual no es concebida en este ensayo como una utopía ni tampoco como una propiedad exclusiva de la ciencia experimental. Se anticipa, por tanto, el recurso a diversas fuentes en el tratamiento del tema propuesto, así como el diálogo siempre fructífero en humanidades entre ciencia social y antropología filosófica. De hecho, tal coloquio es la esencia de la solución que se propone para dotar de fundamento y perspectiva la labor del educador y la reflexión del adolescente ante esta crucial elección.

Hay varias características de la cultura actual que impregnan el vivir cotidiano de los adolescentes. El sociólogo polaco Zygmunt Bauman (2007) ha descrito el tiempo presente como el de la “modernidad líquida”, una época en la cual la espera, el compromiso y las verdades inmutables son vistas como una amenaza a la libertad personal. Los adolescentes y los jóvenes de hoy no son ajenos a esta caracterización, se observa en ellos bajo rendimiento y deserción escolar, aumento en el desempleo juvenil, poco interés por comprometerse en proyectos profesionales y familiares de largo plazo, entre otros. La violencia, por su parte, se ha venido incrementando tanto en países del medio oriente como en aquellos llamados de primer mundo. Las noticias de masacres y muertes violentas producidas por adolescentes y jóvenes no dejan de estremecer a la sociedad. Ante el silencio e inoperancia de ciertas autoridades, cabe el interrogarse si estos hechos no son acaso signos de una crisis profunda en la cultura actual, una

crisis por ausencia de valores, metas y proyectos. Así, los problemas del mundo contemporáneo dejan su impronta en los adolescentes y marcan la dirección hacia la cual debe encaminarse la educación de los mismos.

Ante esta realidad, cabe cuestionar el papel de la obra educativa en la nueva modernidad. La educación no puede considerarse un bien que se obtiene de una vez para siempre. Cada generación tiene la tarea de encontrar los medios para asegurar la formación integral de los niños y jóvenes de ese tiempo. Si la llamada modernidad líquida acentúa el devenir, el cambio sin una dirección fija y la ausencia de puntos de referencia pasados o futuros, cuál puede ser la respuesta de los educadores en este nuevo siglo. Cuál, sino precisamente la preparación para que los futuros *responsables* de esta sociedad comprendan el valor que la palabra *compromiso* ha tenido a lo largo de la historia. Fueron, de hecho, los grandes hombres y mujeres de la humanidad, comprometidos con los problemas de su tiempo, quienes mejor entendieron este significado. El compromiso que conlleva la elección profesional -decisión con la cual el adolescente culmina una etapa de estudios y de su propia vida-, reclama por lo tanto la atención de padres y educadores en la época presente.

Estudio científico de la adolescencia y la elección de carrera

Varias disciplinas coinciden en presentar la adolescencia como una etapa privilegiada para la construcción de la identidad y el proyecto de vida (Papalia, 2010). Desde el punto de vista biológico, en este periodo ocurren una serie de cambios anatómicos y fisiológicos gracias a los cuales el adolescente se encuentra en proceso de alcanzar la plenitud de su desarrollo físico. Se observan “cambios espectaculares” en las estructuras del cerebro que son responsables de las emociones, el juicio, la organización de la conducta y el autocontrol. A nivel cognitivo los adolescentes son capaces de resolver operaciones formales como ha sido propuesto por Jean Piaget, a su vez adquieren un nivel elevado en el desarrollo del juicio moral según las investigaciones de Lawrence Kohlberg. Respecto al área social y afectiva de los adolescentes, tanto de los que estudian como de los que trabajan, surge en este periodo la posibilidad de poder aplicar los conocimientos y destrezas adquiridas en las etapas anteriores del desarrollo. Esto último contribuye al descubrimiento de una posible ocupación a la cual dedicarse y cuya búsqueda constituye la parte principal de la crisis de logro de identidad según los postulados de Erik Erikson (1963, 1968).

El estudio de la crisis de identidad adolescente y su resolución en un proyecto de vida profesional ha sido abordado desde distintos planteamientos teóricos en psicología. Una propuesta fuerte a nivel teórico ha sido la de Erikson, uno de los primeros psicólogos del desarrollo en ocuparse de la crisis de identidad adolescente. Erikson estableció una síntesis global de las principales etapas o “crisis” vitales que debe afrontar el ser humano a lo largo de su existencia. En la etapa adolescente se da la transición hacia los roles de adulto, por ello la tarea del individuo en este tiempo es encontrar una respuesta a la pregunta “¿Quién soy yo?”. Encontrar una ocupación es parte importante de la identidad y la exploración de las diferentes posibilidades de carrera contribuye al logro de ésta (Cloninger, 2003, p. 143). Tomando como referencia este aporte se han realizado esfuerzos notables por parte de académicos norteamericanos para dotar de apoyo empírico al proceso de elección de carrera y formación de la identidad vocacional u ocupacional.

Entre los más destacados investigadores norteamericanos del tema vocacional se encuentra James Marcia (1980) quien postuló su teoría de los cuatro estatus de identidad. Para este científico, el desarrollo de la identidad ocupacional se da en aquellos adolescentes que demuestran tanto un vasto conocimiento de las opciones profesionales y un elevado grado de compromiso por una de ellas. Otro estudioso de reconocida trayectoria en el campo de la psicología vocacional ha sido John Holland (1985). Este autor propuso su teoría factorial de los seis principales intereses profesionales o modelo de hexagonal RIASEC. Existiría desarrollo de

identidad vocacional cuando se comprueba un perfil de intereses diferenciado, elevado y congruente de dos o tres intereses en relación a los demás. Para estos dos autores la presencia del atributo identidad vocacional -en los términos descritos por cada uno y medidos a partir de los correspondientes cuestionarios estandarizados- contribuiría a una acertada elección de carrera.

Un ejemplo de otra aproximación psicológica, esta vez de tipo cualitativo, es la propugnada por Laura Domínguez (2003) y su teoría de la motivación profesional. Para esta psicóloga cubana con orientación histórico-cultural, la motivación por seguir una carrera profesional depende en buena medida de ciertos factores y situaciones del contexto social-cultural en el cual se desenvuelve el adolescente. Así, el nivel socio-económico, las necesidades del país, la influencia de familiares y amigos, entre otros factores incidiría en la formación de la motivación profesional. Estas características del medio social provocan que, según esta autora, al interno de cada individuo se desarrollen unas “formaciones motivacionales complejas” (González-Rey, 1989) o tendencias orientadoras del sujeto que viabilizan la elección y seguimiento de un camino profesional concreto. La motivación profesional constituye una tendencia de la personalidad, que está compuesta por el conocimiento de la futura carrera, inclinación afectiva hacia la misma, planeación sobre el futuro y conocimiento de las propias habilidades y obstáculos. Variados estudios utilizando las técnicas de libre composición, entrevista y cuestionarios abiertos (Domínguez y Hernández, 2016; Contreras, Domínguez y Sánchez, 2015) han sido realizados para conocer el estado de la motivación profesional en diferentes grupos de adolescentes y jóvenes.

Junto a los méritos de cada perspectiva de investigación psicológica conviene resaltar ciertas limitaciones. La aproximación de los autores norteamericanos mantiene un renovado vigor por su validez y rigor metodológico. No dejan de publicarse cada año novedosos e interesantes artículos científicos en revistas de mediano y alto impacto respecto a la psicología vocacional y la elección de la carrera. A pesar de esta notable promoción, muy pocas adaptaciones han sido realizadas a países hispano-parlantes en lo relativo a los instrumentos de medición e intervenciones psicológicas que validen estos hallazgos en nuevos contextos. Además, dado el carácter complejo de la elección de carrera, en cuanto un fenómeno en el que intervienen no sólo procesos cognitivos -como pudieran ser la memoria, la atención, esquemas mentales-, sino también volitivos tales como ideales, metas, valores, etc., la potencia del paradigma cuantitativo-positivista para el abordaje de tan densa realidad pudiera verse insuficiente.

La perspectiva histórico-cultural, por otra parte, permite profundizar en los aspectos cualitativos del fenómeno. Al utilizar técnicas abiertas como la entrevista, la redacción de pensamientos, entre otras, este enfoque logra captar elementos que llegan a ser descartados por la aproximación denominada positivista. Aspectos como los contenidos concretos del proyecto vital, temporalidad, obstáculos, supuestos y paradigmas mentales del sujeto pueden ser inferidos a partir de estas técnicas. También útiles recomendaciones para la intervención de pueden desprenderse de este cuerpo teórico, las cuales son fácilmente aplicables por psicólogos y docentes de enseñanza secundaria. Sin embargo, la limitada generalización de sus hallazgos, así como algunos presupuestos antropológicos que abogan por un determinismo social del fenómeno dificultan el avance de esta tendencia.

Sin duda las posturas aquí presentadas no agotan todas las posibles orientaciones respecto al estudio de esta temática. Por ello, valgan estas que han sido perspectivas tanto a manera de ejemplo como de medios para abrir el debate entorno la necesidad de nuevos marcos teóricos o tal vez de la puesta en actualidad de ciertas fuentes antiguas, pero siempre válidas de conocimiento.

Aportes de la antropología filosófica al estudio de la elección de carrera adolescente

Dejando de lado la postura cientificista hoy tan dominante, conviene examinar las aportaciones de la antropología y la ética filosóficas para una mejor comprensión del tema propuesto. Según Mariano Artigas (1999, p. 392) ciencia y metafísica se interrelacionan en todo momento con lo cual resultaría “ilusorio trazar una línea de demarcación que las coloque en espacios comunicados”. De hecho, ya en el campo de la psicología científica muchos de los saberes que hoy se adscriben a esta disciplina no dejan de ser conocimientos propios de antropología o ética filosófica (Echevarría, 2008, p. 91). Así también, muchos de los saberes clásicos de antropología han venido a provocar la admiración de los psicólogos modernos como es el caso de Erich Fromm quien refiriéndose a Santo Tomás de Aquino escribió:

En Tomás de Aquino se encuentra un sistema psicológico del cual se puede probablemente aprender más que de gran parte de los actuales manuales de tal disciplina; se encuentran en él interesantísimos y muy profundos tratados de temas como narcisismo, soberbia, humildad, modestia, sentimientos de inferioridad, y muchos otros. (Fromm, 1992, p.82)

Expuesta la relevancia de los aportes filosóficos se presentan a continuación algunos de ellos.

La elección de la carrera, por ser tal de elevada trascendencia para la configuración del proyecto de vida del sujeto, toma como base la jerarquía de las motivaciones humanas y se apoya en los hábitos operativos -morales e intelectivos- que posee la persona. Respecto a la jerarquía de motivaciones humanas, la ética filosófica de orientación aristotélica propuso ya desde antiguo la teoría de la acción, según la cual existe una finalidad en el obrar humano. Las acciones humanas se articularían así en función de un bien supremo o fin último conocido de manera general como *eudaimonía* o “felicidad”. Para Rodríguez-Luño (2010) la manera en que se relacionan las decisiones vitales y el fin último se asemeja al de las partes y el todo, siendo este bien supremo no una cosa, un estado o un sentimiento, sino más bien “un tipo o género de vida” (p. 92) en función del cual se so-pesan y se armonizan todas las decisiones. Por lo tanto, la elección de la profesión depende en primer lugar del dinamismo propio de la persona por el cual busca la felicidad y articula esta decisión en función de su proyecto o género de vida deseado.

Además del proyecto de vida, los hábitos operativos ejercen un influjo sobre la toma de decisiones vitales. La causalidad dispositiva de los hábitos morales en el conocimiento del fin ha sido una cuestión ya estudiada por la ética y filosofía de orientación tomista (Maritain, 1951; Echevarría, 2002; Buzeta, 2013). Es a este propósito muy ilustrativa la frase de Aristóteles “como cada cual es, así le parece el fin”, con la cual se entiende que la presencia de virtudes o vicios en la persona -las cuales le dan su naturaleza moral- cumple un “papel de primer orden a la hora de trazar un proyecto totalizante de vida” (Rodríguez-Luño, p.208). Para el virtuoso, las exigencias relativas a la elección de una profesión -tiempo de estudio, salida profesional, formación de habilidades respecto a tal o cual carrera- son percibidas y sopesadas de manera distinta a como lo haría el vicioso o el no virtuoso, quienes además de no contar con la fortaleza necesaria para luchar por el bien arduo, con dificultad podrán alcanzar una valoración acertada de sus cualidades personales debido a la ausencia de la virtud de la prudencia y al influjo de las pasiones sobre la razón. Por lo tanto, de cara a la elección profesional, el desarrollo de las virtudes morales en el adolescente contribuye de manera positiva a sentar las bases para una elección acertada.

Respecto a los beneficios que conlleva el crecimiento de las virtudes para el desarrollo y bienestar psicológico de la persona, son notables las aportaciones de Rudolf Allers. Este filósofo y psiquiatra austriaco, discípulo de Alfred Adler y maestro de Viktor Frankl, propuso la creación de una “psicología antropológica”, es decir una disciplina fundamentada en “una

concepción verdadera acerca de lo que el hombre es (antropología) y debe ser (ética)” (Echavarría, 2013a). Para Allers el desequilibrio psicológico o carácter neurótico se origina a partir de una “conducta egocéntrica, adoptada en general desde la infancia” (Echavarría, 2013a). Existiría, en las personas que sufren este desequilibrio, un desorden egocéntrico de la afectividad y una falta de objetividad con respecto al conocimiento del mundo y de sí mismo; debajo de todo lo cual subyace el vicio de la soberbia en opinión de Allers. Es así que para este autor la educación del carácter constituiría un factor protector frente a cualquier tipo de conflicto neurótico.

Hay algunos elementos claves que fueron señalados por Allers con relación a la educación de los adolescentes y la orientación vocacional. En primer lugar, para Allers la educación debe promover un desarrollo global tanto del carácter, así como del intelecto (1940). Erran a este respecto las posturas educativas que enfatizan uno o ninguno de estos polos desconociendo que el ser humano debe perfeccionarse en sus dos potencias fundamentales la voluntad y la razón. La orientación vocacional, por su parte, antes que alentar la decisión del adolescente sobre un trabajo o profesión particular, debe procurar el desarrollo de la “*actitud correcta respecto al trabajo en general*” (p. 157). Dicha postura estaría basada en la conciencia plena del servicio y el deber para con la sociedad o la comunidad y no así en la visión del trabajo como un simple medio para “ganarse la vida”. Es tarea de los educadores poder “entusiasmar” a los jóvenes sobre su responsabilidad para con el mundo y sembrar en ellos la idea profunda de descubrir su llamado particular frente a él. Son precisamente los educadores los que pueden influir basados en su relación personal con el alumno y en el valor que otorguen al término vocación.

Hasta aquí se ha querido hacer un breve bosquejo de algunas propuestas científicas y filosóficas que permiten plantear con cierto grado de profundidad el problema de la elección de carrera en los adolescentes. La psicología científica aboga por alentar en el joven la exploración del mundo del trabajo y de las propias cualidades. La antropología y la ética filosófica evidencian la articulación de la esta elección en el proyecto de vida y la identidad personal, así como la importancia del desarrollo moral en esta etapa. No queda ahora sino señalar algunas vías teóricas y prácticas para hacer frente al desafío que este problema plantea a los educadores en el siglo XXI.

Guías para alentar la profundización teórica

Chesterton afirmó que en tiempos de crisis hace falta “un hombre impráctico”. A pesar de la influencia del movimiento “nueva era” y cierta atracción por sistemas de pensamiento espiritualistas, se mantiene en general una mentalidad cientificista y tecnocrática en nuestra cultura global actual, para la cual se el énfasis recae en el hacer por sobre el pensar y el ser. No se puede hacer frente a un desafío en el mundo de la educación sino se parte desde una rigurosa y adecuada reflexión teórica en base a los presupuestos antropológicos, alcances y consecuencias del problema y de las alternativas de solución. Es por ello que antes de describir intervenciones conviene plantear líneas de pensamiento que orientan el debate en torno al problema de la elección de carrera en los adolescentes.

Como se expuso, el recurso a una antropología y ética filosóficas realistas constituyen la base de la reflexión. Continúa siendo actual el comentario de Mariano Artigas (1999) respecto al estado de la filosofía de la ciencia a fines del siglo XX en la cual el positivismo sigue siendo un pesado lastre del cual la ciencia experimental no ha podido librarse. Hace falta una mayor formación filosófica a los especialistas y los educadores en las que se expliciten los presupuestos y se deje en claro que a pesar que las técnicas y métodos pedagógicos se deban renovar en cada momento, los fines de la educación se han de mantener enraizados en la naturaleza del hombre aún en los tiempos de la modernidad líquida. Por tanto, el redescubrimiento de la novedad y el

aporte de la filosofía al debate educativo actual -y sobre todo al planteamiento de los fines de la educación- es una tarea que debe extenderse.

La importancia del desarrollo las virtudes intelectuales y morales ha tenido gran relevancia en los últimos años en psicología. La denominada “psicología positiva” (Seligman y Csikszentmihalyi, 2000; Peterson y Seligman, 2004) se ha propuesto la tarea de traer de vuelta el debate en torno a estas “excelencias del carácter” desde la vía empírica. Los propulsores de esta corriente psicológica han realizado un análisis de la mayor parte de los códigos morales de las grandes civilizaciones y catalogaron seis virtudes llamadas ubicuas por estar presentes en la mayoría de estos códigos: sabiduría y conocimiento, justicia, humanidad, coraje, templanza y trascendencia. Como lo reconoce Echavarría (2013b), siguiendo a Paul Vitz, no es difícil encontrar un paralelismo entre estas virtudes ubicuas y las conocidas como virtudes cardinales por la filosofía clásica. También, la psicología positiva ha servido de base para la creación e implementación de nuevos tratamientos psicoterapéuticos (Rashid, 2015) que enfatizan el desarrollo de estas fortalezas del carácter para hacer frente a psicopatologías y situaciones vitales estresantes.

De cara a la visibilización del problema -elección de carrera en la adolescencia- a nivel científico no deberían desestimarse las aproximaciones basadas en la fenomenología y metodología cualitativa. Si bien es cierto el impacto y valor científico que se le ha venido otorgando a los estudios que miden las variables o atributos psicológicos subyacentes a la elección de carrera por vía cuantitativa, la estadística dice poco cuando en el fenómeno inciden factores inherentes a las facultades superiores del ser humano. Con esto no se desmerecen los estudios cuantitativos, sino más bien se alienta a una complementación de los mismos con nuevas investigaciones que empleen metodologías de corte cualitativo como la teoría enraizada o la etnografía. Así, se concibe que un paradigma mixto será capaz de propiciar una mayor comprensión de este fenómeno y brindar orientaciones para la intervención del profesor y del consejero vocacional.

Guías para promover la actuación educativa

Una vez expuestas las guías teóricas para el tratamiento del problema, corresponde proponer algunas sugerencias prácticas para hacer frente a este reto educativo. Tomando como ejemplo el trabajo de los jesuitas en su proyecto Horizonte 2020 (Ochoa, 2015) para la reforma de sus escuelas y colegios, no fue sino hasta después de haber pasado varios años “repensando” cómo debería ser la educación del futuro cuando se implementaron finalmente los cambios en sus centros de enseñanza. Es por ello que, retomando la línea argumentativa de este ensayo, las siguientes recomendaciones prácticas o cualquier otra mejora en el ámbito de la educación debería estar siempre acompañada de una reflexión previa y posterior a su implementación. Se propone a continuación impulsar el rigor en la formación académica, educar en el sentido social del trabajo y la formación de maestros de calidad como algunas pautas para mejorar la elección profesional de los adolescentes.

Un primer elemento a considerar es asegurar la calidad de la enseñanza en los centros de estudio. Aunque pudiera sonar a perogrullada, este punto es necesario hoy más que nunca en la sociedad de la información en que se vive. Ya a partir del análisis de Bauman (2007) acerca de la obsolescencia del conocimiento, se ve la importancia de no renunciar a la búsqueda de un saber sólido y contextualizado a las demandas actuales. Hoy más que nunca los maestros debieran estar conscientes de que tal cual como se preparan a los soldados para la guerra, cualquier negligencia a la hora de la impartición de los saberes pudiera terminar siendo perjudicial no solo para sus estudiantes sino para ellos mismos como parte de la sociedad. La formación de un pensamiento crítico, así como una recia preparación en ciencias, humanidades y artes sigue siendo necesaria en el siglo XXI (Scott, 2015). No se ama lo que no se conoce, pues

cómo se va a descubrir la profesión si no se tiene una primera pero abarcadora aproximación a los diversos saberes del mundo de hoy.

A nivel de los países hispano-parlantes, mejorar la calidad educativa constituye un reto para este siglo. De acuerdo a los resultados del informe PISA de 2012 Latinoamérica está por debajo de los estándares globales de rendimiento escolar. Trabajar sobre esta problemática será imperativo ya que según este estudio “los alumnos con bajo rendimiento a los 15 años tienen más riesgo de abandonar completamente sus estudios; y cuando una gran proporción de la población carece de habilidades básicas el crecimiento económico de un país a largo plazo se ve amenazado” (OCDE, 2016, p.3). Hay tanto por hacer en este ámbito y las recomendaciones son muchísimas, sin embargo, aquella de “crear un ambiente exigente en los centros escolares en el que se apoye a los alumnos” (p.34) parece ser transversal. Estos ambientes demandan a su vez profesores “más cualificados y con mejores habilidades”, su preparación es parte del reto para este nuevo siglo. En todo caso, la colaboración de autoridades públicas, profesores y padres será fundamental para hacer frente a este desafío educativo.

Educación en el sentido social del trabajo (Hurtado, 1947/2013) constituye una segunda orientación para promover la acertada elección de carrera en los adolescentes. Partiendo de una antropología personalista, se puede afirmar que el ser humano por su propia naturaleza está hecho para la comunión con los otros. Todo aquello que fomente la integración y la donación a los demás -familia, grupo de pares, sociedad en general- permite al hombre encontrar su propia realización. La sociedad, a su vez, necesita del aporte de cada miembro para que las condiciones que configuran el bien común puedan ser promovidas. Los talentos y capacidades que posee cada persona la habilitan para un determinado trabajo en el cual, desplegando eficazmente todas sus potencialidades, ella es capaz de beneficiar a los otros de una manera única, original y, por ello, insustituible en cierto sentido. Elegir una carrera teniendo como base un sentido de responsabilidad y de servicio frente a los otros permite al adolescente encauzar de modo pleno todas sus capacidades con rédito positivo para la sociedad y para sí mismo.

Hoy en día, lamentablemente, otro tipo de motivaciones suelen tener mayor peso a la hora de elegir una carrera. El rédito económico se ubica como uno de los más frecuentes. Muchos adolescentes piensan en una profesión que les permita obtener dinero de modo rápido y fácil. La motivación de estos jóvenes en caso de completar su preparación puede terminar siendo muy pobre e incidir negativamente en su satisfacción o desempeño laborales. El entusiasmo o afición por determinada actividad, sin mirar otros factores, es el criterio único de otro buen número de adolescentes. En algunos casos el gusto por determinado ámbito puede no estar fundamentado en un conocimiento suficiente de la carrera o campo profesional; en otros, el gusto puede no ir acompañado de las aptitudes o habilidades requeridas, contribuyendo en todo caso a una elección superficial. También el prestigio social de ciertas profesiones tiene la capacidad de sesgar la elección en favor o detrimento de ciertas carreras. Por citar tan solo un ejemplo, en América Latina hoy por hoy la profesión de docente de educación primaria o secundaria se ve desacreditada no sólo por la escasa remuneración económica, sino también por la pobre valoración social que recibe sobre todo entre los jóvenes (Elacqua y cols. 2017). La opinión de los pares o la familia, influida por los nuevos estereotipos sociales, incide así en la actitud del adolescente frente a tal o cual profesión. Estos u otros factores de similar valor ocupan un lugar preponderante a la hora de elegir una carrera, mermando el dinamismo esencial comunitario de la persona respecto a su proyecto profesional.

Ver la futura profesión con un sentido social facilita la sensibilidad ante los problemas del tiempo actual. Cualquiera sea la profesión, en ella se ven implicados múltiples desafíos que están por resolver. Desde aquellas más acuciantes a nivel mundial como el hambre, el desempleo, los conflictos armados, enfermedades, hasta las que corresponden al propio país y

región; todas deberían ser tema análisis por los profesores de secundaria. Ya sea la poca cantidad de tierra cultivada en un país y la escasa formación del agricultor, la sobreexposición a riesgos laborales en las industrias, la falta de iniciativa y estrategia a la hora de invertir las utilidades para generar mayor capital en el sector comercial, etc. Para el adolescente estas demandas deben invitarlo a la reflexión y responsabilidad: cuál problema lo interpela más y qué falta por hacer. Ciertamente, una ruta clara de acción no se podrá fijar totalmente en esta edad, pero el hábito de mirar las necesidades del contexto puede acompañar al adolescente hasta su vida adulta y animar su desempeño profesional.

Existen en la actualidad variados metodologías que facilitan la reflexión del estudiante en torno a la resolución de problemas. Un ejemplo son las técnicas inductivas en el proceso de enseñanza (Prince y Felder, 2007). Bajo este título se agrupan una serie de herramientas para el docente que permiten guiar el aprendizaje a través de proyectos de investigación que se pueden organizar desde la clase y realizarse en grupo. Esta metodología parte con un problema o un dato empírico y valiéndose la curiosidad natural de los estudiantes les orienta a buscar su explicación o resolución a través del análisis y reflexión. Parte de la reforma comentada anteriormente del programa Horizonte 2020 implicó una buena dosis de estas metodologías para incentivar el pensamiento crítico y motivar al aprendizaje de los estudiantes tanto de primaria como secundaria. Involucrándose en los problemas del mundo actual, con clases que permitan orientar los saberes teóricos a la resolución de las necesidades sociales, se propicia en los adolescentes un ambiente adecuado para la elección profesional.

En último lugar, ninguna de las anteriores guías sería aplicable si no se trabaja en la formación de maestros de calidad y con vocación. Tanto si se busca asegurar un elevado nivel académico en los centros de estudio, como si se espera que los estudiantes adquieran un sentido social de la profesión, son los docentes quienes en su ejercicio laboral contribuyen a la consecución de estas metas. En Finlandia, por ejemplo, buena parte del éxito académico de los adolescentes en las pruebas PISA ha sido relacionado con la importancia dada en este país a la preparación docente (Enkvist, 2011). Desde pequeños, los niños finlandeses se educan rodeados de maestros con un elevado nivel cultural; ello influye alentando la curiosidad y el debate con rigor intelectual en las diferentes asignaturas que aprenden. Un amplio abanico de intereses y acervo cultural es precisamente lo que posibilita una elección de carrera con un elevado nivel de exploración como ha sido postulado en la revisión de la literatura psicológica correspondiente.

El desarrollo del sentido social del trabajo en los adolescentes viene de la mano de la vivencia o no de una real vocación por parte del docente. Como bien lo expresa el refrán “nadie da lo que no tiene”, sólo un maestro realmente convencido de la importancia de su trabajo en pro de la formación intelectual y humana de las nuevas generaciones, es capaz de forjar el sentido social de cualquier profesión en cada uno de sus estudiantes. La manera de enfocar los problemas que se discuten en las asignaturas, los principios que tome para aconsejar a sus alumnos, su presencia y la convivencia diaria; todo ello educa cuando la vocación docente es vivida con plenitud. Estos maestros, que enseñan más por lo que son que por lo que dicen, son capaces de hacer soñar a sus estudiantes con proyectos grandes y llenos de sentido para bien de la sociedad y de ellos mismos.

Hoy por hoy la labor docente se ha visto influenciada por la amplia difusión de la orientación constructivista. Tal postura como se la entiende en este ensayo (Echavarría, 2010) podría estar alineada con la denominada por la especialista en educación Inger Enkvist (2011) como “nueva pedagogía” aplicada en educación primaria y secundaria. Para esta concepción, el acto de enseñanza deja de ser la comunicación de una perfección del docente al alumno y se convierte en la mera facilitación de herramientas para que cada aprendiz construya su propia versión de la realidad. El énfasis pasa del currículo y la autoridad del docente, al estudiante y la

convivencia social como centros de la enseñanza. A más de la crítica epistemológica que el constructivismo se merece -tema que se aleja de lo propuesto en este trabajo, pero que ha sido tratado por otros autores desde el tomismo (Echavarría, 2006)-, conviene una seria investigación social sobre la naturaleza del influjo que esta doctrina realiza sobre la práctica pedagógica contemporánea.

Educación y elección de carrera, un compromiso de todos

La formación de los adolescentes en vista a una acertada elección de su profesión constituye un cometido central en el proyecto educativo de este grupo etario. El anhelo de proporcionar a la sociedad ciudadanos con la cultura y calidad humana exigida por el tiempo presente conlleva el compromiso de haber ofrecido a estos todos los medios disponibles para que descubran y se encaminen a un terreno profesional que sea para todos fecundo. Esta responsabilidad, que es compartida por padres y profesores implica el aprovechamiento del proceso educativo en las etapas previas, es decir, promover una enseñanza exigente e integral en todos los niveles. A la vez, la educación en las virtudes humanas se ve urgente, ya que sólo a través de ella cada adolescente es capaz de desarrollar el sentido social del trabajo, criterio que se considera esencial para una elección madura y responsable.

¿Educamos para soñar o soñamos por no educar? ¿Cuál es la realidad de los adolescentes y los maestros en el siglo actual? Educar para soñar significa haber comprendido y llevado a la práctica una labor docente con la radicalidad, sacrificio y riqueza de sentido necesarios como para suscitar en las nuevas generaciones grandes y nobles aspiraciones de hacer frente a los retos y problemas del mundo actual. Soñar por no educar quiere decir reconocer que gran parte del enfriamiento de iniciativas sociales y mantenimiento de la crisis actual se debe a que el docente de la sociedad de hoy -llamada por algunos líquida- ha permitido la disolución del *compromiso* respecto a una de las más nobles y necesarias tareas de toda la historia: la educación del hombre en cuanto hombre. La respuesta es entonces un compromiso de todos.

REFERENCIAS

- Allers, R. (1940). *Character education in adolescence*. New York, Estados Unidos: Joseph F. Wagner Inc.
- Artigas, M. (1999). *Filosofía de la Ciencia Experimental* (3ª Ed.). Pamplona, España: EUNSA.
- Bauman, Z. (2007). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona, España: Editorial Gedisa, S.A.
- Buzeta, S. (2013). *Sobre el conocimiento por connaturalidad*. Pamplona, España: Cuadernos del Anuario Filosófico, Universidad de Navarra.
- Cloninger, S. (2003). *Teorías de la personalidad* (3ª. Ed.). México, D.F., México: Pearson Educación.
- Contreras, Y., Domínguez, L. y Sánchez, D. (2015). Proyectos futuros de un grupo de jóvenes alcohólicos. *Revista Cubana de Medicina Militar*, 44(2), 207-217.
- Domínguez, L. (2003). Motivación profesional y personalidad. En L. Fernández (Ed.), *Pensando en la Personalidad*. La Habana, Cuba: Editorial Félix Varela.
- Domínguez, L. y Hernández, G. (2016). Proyectos profesionales y valores en estudiantes del Instituto Superior de Arte. *Integración Académica en Psicología*, 4 (12), 85-95.
- Echavarría, M. (2002). Experimentum, evaluación del particular e inclinación afectiva según santo Tomás. *Cuadernillo XXVII: Valores y Afectividad*. Buenos Aires, Argentina: Sociedad Tomista Argentina.
- Echavarría, M. (2006). La teoría aristotélico-tomista del conocimiento como alternativa a la falsa opción cognitivista entre racionalismo realista ingenuo y constructivismo. *Sapientia*, 50 (218), 415-430.
- Echavarría, M. (2008). El problema de la psicología contemporánea en su relación con la fe cristiana. *Humanitas*, 13 (49), 87-99.
- Echavarría, M. (2010). Influencias de la psicología contemporánea en las corrientes pedagógicas. En Martínez, E. (Ed.). Congreso Internacional ¿Una sociedad despersonalizada? Propuestas Educativas. Barcelona, España: Editorial Balmes.
- Echavarría, M. (2013a). Aportes de Rudolf Allers a la fundamentación antropológica de la psicoterapia. *Espíritu*, 62 (146), 419-431.
- Echavarría, M. (Ed.) (2013b). *La formación del carácter por las virtudes. Estudios interdisciplinarios. Volumen 1. Templanza e intemperancia: Propuestas terapéuticas y educativas*. Barcelona, España: Scire.
- Elacqua, G., Hincapié, D., Vegas, E., Alfonso, M., Montalva, V. y Paredes, D. (2017). *Profesión: Profesor en América Latina ¿Por qué se perdió el prestigio docente y cómo recuperarlo?* Monografía del Banco Interamericano de Desarrollo.
- Enkvist, I. (2011). Las claves del éxito educativo: El caso finlandés. *Estudios Públicos*, 2011 (123) 289-334.
- Erikson, E. (1963). *Childhood and society* (2ª. Ed.). New York, Estados Unidos: W. W. Norton & Company, Inc.
- Erikson, E. (1968). *Identity Youth and Crisis*. New York, Estados Unidos: W. W. Norton & Company, Inc.

Fromm, E. (1992). *Psicología per non psicologi, en L'amore per la vita*. Milán, Italia: Mondadori.
En Echavarría, M. (2008). El problema de la psicología contemporánea en su relación con la fe cristiana. *Humanitas*, 13 (49), 87-99.

González-Rey, F. (1989). *Psicología Principios y Categorías*. La Habana, Cuba: Rústica Editorial.

Holland, J. L. (1985). *Making vocational choices: A theory of vocational personalities and work environments* (2da Ed.). Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.

Hurtado, A. (2013). *Humanismo social*. Santiago de Chile, Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado. (Trabajo original publicado en 1947).

Los países de América Latina "con peor rendimiento académico". (10 de febrero de 2016). BBC Mundo. Recuperado el 27 de marzo de 2018, de http://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/02/160210_paises_bajo_rendimiento_educacion_informe_ocde_bm

Marcia, J. E. (1980). Identity in adolescence. *Handbook of adolescent psychology*, 9(11), 159-187.

Maritain, J. (1951). On Knowledge through Connaturality. *The Review of Metaphysics*, 4 (4), 473-481.

OCDE. (2016). PISA Estudiantes de bajo rendimiento Por qué se quedan atrás y cómo ayudarles a tener éxito Resultados principales. Recuperado el 27 de marzo de 2018, de <http://www.oecd.org/pisa/keyfindings/PISA-2012-Estudiantes-de-bajo-rendimiento.pdf>.

Ochoa, L. (2015). Creer, poder y hacer. Horizonte 2020 en las escuelas jesuitas de Barcelona. *Propuesta Educativa*, 24 (44), 38-53

Papalia, D., Wendkos, S. y Duskin, R. (2010). *Desarrollo humano*. (11ª Ed.). México D.F., México: McGraw-Hill Interamericana Editores, S.A.

Peterson, C. y Seligman, M. (2004). *Character Strengths and Virtues A Handbook and Classification*. New York, Estados Unidos: Oxford University Press.

Prince, M. y Felder, R. (2007). The many faces of inductive teaching and learning. *Journal of college science teaching*, 36(5), 14.

Rashid, T. (2015). Positive psychotherapy: A strenght-based approach. *The Journal of Positive Psychology*, 10(1), 25-40.

Rodríguez-Luño, A. (2010). *Ética general*. (6ª Ed.). Pamplona, España: EUNSA.

Scott, C. (2015). El futuro del aprendizaje 2 ¿Qué tipo de aprendizaje se necesita en el siglo XXI? *Investigación y prospectiva en Educación UNESCO*, Documentos de Trabajo ERF, No. 14.

Seligman, M. y Csikszentmihalyi, M. (2000). Positive psychology: An introduction. *American Psychologist*. 55 (1), 5-14.